SUPLEMENTO DE Página/12

Turismo/12

Domingo 22 de febrero de 1998

MEXICO

Una visita al "Antropológico"

ITALIA

A orillas del mar Tirreno

La región andina colombiana ofrece al viajero la riqueza de su arquitectura y su arte colonial, el esplendor de sus esmeraldas y una tierra tan salerosa como el encanto y simpatía de su gente

TESOROS DE COLOMBIA

EN EL SUR DE ITALIA, UNA CIUDAD Y UN MITO

Tropea, la sirena

Por Graciela Cutuli



Muchos italianos consideran que la más bella de las localidades marítimas de la "punta de la bota" es la recóndita Tropea, asomada a los colores increíbles del mar Tirreno, una ciudad-pueblo cordial levantada en la frontera entre el agua y el cielo.

En esta tierra calabresa que es sinónimo de mito –las costas tirrénicas son parte del escenario fastuoso de *La Odisea* de Homero y sede la cultura grecorromana, cuenta la leyenda que Tropea habría sido fundada por Escipión, por Pompeyo o por Octaviano, quienes tras sus victorias habrían depositado allí sus trofeos (y de ahí el nombre). Otra leyenda afirma que Tropea fue fundada por Hércules, a su paso por Calabria después de sus trabajos en Africa. Para exagerar, al fin y al cabo, ¿quién mejor que un italiano? Y la verdad es que no hay leyenda que cueste creer en esas tardes de verano en que el sol empieza a ponerse sobre el agua turquesa y violeta, a la misma hora en que vienen a la memoria los versos de Homero que hablan del "mar de color de vino".



(Arriba) El lugar más fotografiado de toda Calabria.

(Abajo) El mar color turquesa por donde navegó Ulises.

En Calabria, la tierra de los dos mares, las áridas montañas se recortan en la transparencia del mar. Y entre el mar y la tierra, sobre el Tirreno, Tropea, uno de los escenarios del viaje de Ulises, muestra su mito, su historia y su belleza.

La Madonna dell'Isola

Tropea no sería Italia si el lugar más llamativo no fuera una iglesia: llegando desde la sinuosa ruta, aparece ante los ojos, recortada sobre el mar, la silueta de Santa María dell'Isola, la iglesia benedictina de la alta Edad Media que corona la Isola Bella –una antigua isla unida a la tierra desde hace dos siglos–. Se dice que este lugar es el más fotografiado de toda Calabria, lo que no es poco decir en estas playas que, a partir de los años '50, se convirtieron en la meca de los turistas del norte de Europa.

A lo largo de los siglos la iglesia fue ampliada y modificada siete veces, sobre todo después de los daños sufridos por culpa de los terremotos que devastan esta tierra inestable. En el interior se podrá apreciar este eclecticismo al que obligó la naturaleza, ya que cada época fue dejando su huella en las sucesivas restauraciones, como un abanico arquitectónico para la posteridad.

Se llega a Santa María dell'Isola después de trepar al punto más alto de la antigua isla por una escalera quebrada matizada de caracoles y conchillas, que ofrece vistas inolvidables sobre el mar. Desde abajo también es imperdible el trozo de agua que se aprecia atravesando la gruta contigua a la Isola: temprano por la mañana y al atardecer, los pescadores preparan aquí sus aparejos sobre la playa, y las palabras en dialecto vuelan de una barca a la otra como flechas sonoras que difícilmente entiendan los oídos profanos.

Situándose en la pequeña planicie herbosa que se extiende detrás, la mirada permite abarcar por un lado de la cercana costa de Parghelia, con su farallón La Pizzuta, eternamente atormentado por el embate del mar, y hacia el otro las escarpadas laderas de Zaccanopoli, histórica sede de pastoreo y de fabrica-



Sobre esta playa, los pescadores preparan sus aparejos.

La escarpada montaña recorta el paisaje marítimo.

Las iglesias de Tropea

La típica religiosidad de la Italia meridional se traduce en iglesias por doquier. Entre ellas se destaca la Iglesia del Gesù, de notables dimensiones, construida en el 600 sobre una planta en forma de cruz griega. Muy cerca se levanta la Iglesia de San Francisco de Asís, comúnmente llamada "de la Inmaculada", levantada en 1295 sobre la base de una basílica más antigua. Unas pocas cuadras más y el visitante habrá podido ver la Iglesia de la Piedad, la Iglesia de Santa Caterina y San Giuseppe y la Capilla de los Nobles, sin contar otros tantos edificios religiosos que ya quedan fuera del núcleo histórico. Uno de los más interesantes es el templo de Michelizia, que según la leyenda fue fundado por un mercader siciliano –Michele Malizia–, perdido en el mar una oscura noche de agosto del siglo XVI. Fue así que hizo sus votos a la Virgen de las Nieves prometiéndole la construcción de una iglesia si conseguía salvarse de las escarpadas costas que amenazaban a su barca. Quiso el milagro, o la casualidad, que un campesino aquella noche abriera sus ventanas para espiar la evolución de la tormenta, y la tenue luz que se filtró por las persianas permitió entonces la salvación del comerciante y la posterior construcción del templo votivo.

Sabores del Mediterráneo

Un paseo por Tropea y sus alrededores implica inevitablemente saborear la gastronomía de la zona. La cocina calabresa es sencilla pero fuerte, para paladares resistentes acostumbrados a los condimentos picantes y a las especias, que van desde el mirto al romero, el laurel y enebro. Pero el rey de los condimentos es el purpúreo peperoncino, un pimiento de aquellos que hacen ver las estrellas y que reina, secándose al sol, arracimado en muchas ventanas de la ciudad y en las casas de campo. Son famosas también las cebollas coloradas de Tropea, conocidas por su gusto dulzón, y los hongos en aceite. También los quesos son célebres y sabrosos: ricotta, caciocavallo, mozzarella, el pecorino (queso de leche de oveja) de Crotone, Catanzaro y Vibo Valentia, así como los butirri, quesitos caciocavallo con corazón de manteca. Todo acompañado con embutidos muy bien estacionados y por qué no, alguna bruschetta (tostadas que pueden condimentarse con salsa al peperoncino). No faltan, desde luego, los frutos de mar en la mesa bien provista por el Mediterráneo: desde los platos de crustáceos, mejillones y berberechos hasta los platos con pez espada –que se pesca en el estrecho de Messina– y el famoso atún de Pizzo Calabro, a pocos kilómetros de Tropea.

A ORILLAS DEL MAR

del Tirreno

ción del queso. Este pueblo de mil habitantes –otros tantos aquí nacidos tomaron hace tiempo el rumbo de la Argentina– comienza en la Timpa Aporta y ofrece un paisaje de rocas deshechas, quebradas, atormentadas como difícilmente puedan verse con tanta claridad en otros lugares de una región de por sí montañosa y árida.

En los días claros, desde la Isola Bella pueden divisarse también las alturas de la Sila y las lejanas costas de la Calabria Cosentina, además de una silueta inconfundible para la gente del lugar: la de Stromboli, una de las más exóticas islas Eolias, con su volcán en casi permanente y peligrosa erupción, escenario de los amores de Ingrid Bergman y Roberto Rossellini.

El centro histórico

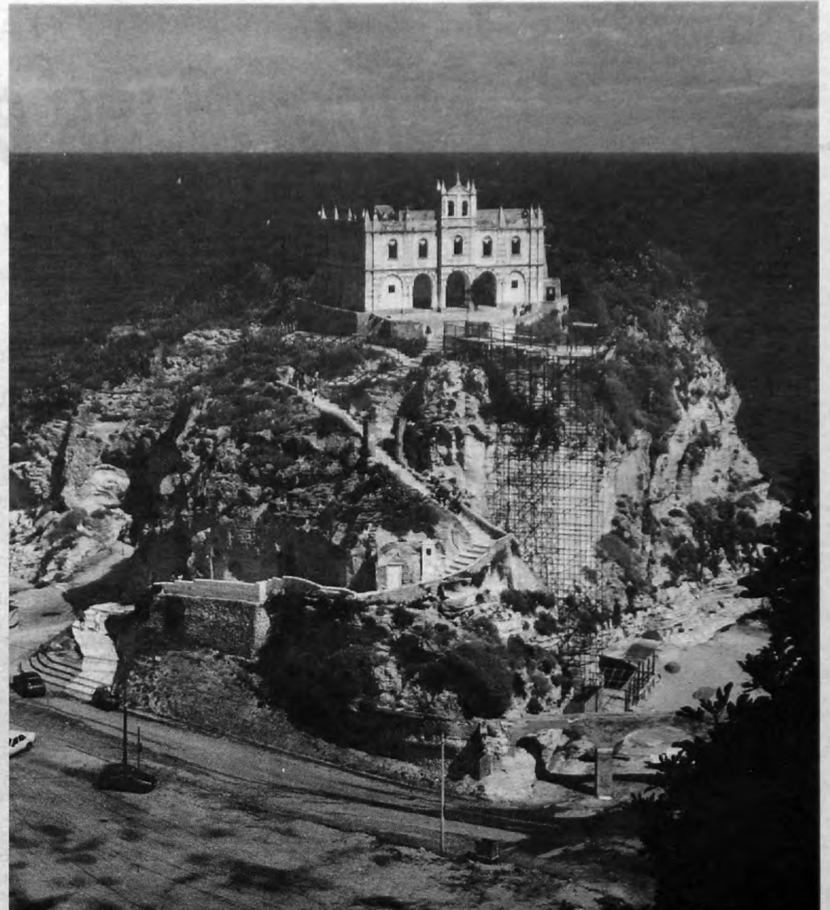
La parte vieja de Tropea invita a un viaje en el tiempo matizado con los decorados típicos de una ciudad balnearia que en verano se convierte en uno de los atractivos turísticos más codiciados de Calabria. La mayor parte de los edificios del centro histórico son de los siglos XVII y XVIII, aunque en realidad se trata generalmente de reconstrucciones parciales de casas de origen medieval que sufrieron deterioros por el paso del tiempo y los sismos. No es difícil, mirando con un poco de atención, adivinar que en cada edificio conviven partes realizadas en épocas muy diversas, sobre estructuras medievales. Por otra parte, son fácilmente visibles en las fachadas los agujeros que se hacían en cada piso para instalar andamios y seguir construyendo, una característica de muchas casas céntricas.

El monumento más importante del centro histórico es el Duomo, de formas románico-normandas con influencias bizantinas (por si quedaban dudas de que el sur de Italia es una de las encrucijadas culturales de Europa), cuyo origen se sitúa entre los siglos XI y XIII. En la primera capilla de la catedral, a la derecha, se encuentra la capilla fúnebre de la familia Galluppi y la tumba del filósofo Pasquale Galluppi, uno de los personajes más destacados de Tropea (aunque su fama no haya cruzado el océano). Entre otros tesoros, la iglesia conserva un magnífico púlpito y pesebre del 400, el tabernáculo esculpido y flanqueado por cuatro ángeles, y la imagen de la Madonna di Romania, un icono de reminiscencias a lo Giotto particularmente venerado por la gente del lugar.

Caminando por las antiguas calles es imposible no tropezar con alguna de las numerosas iglesias de Tropea, herencia visible de las también numerosas congregaciones religiosas que se asentaron con el correr de los siglos.

Para completar la visita habrá que volver a la céntrica Piazza Ercole, en la parte de la ciudad donde se ensancha el Corso Vittorio Emanuele, la calle principal de Tropea. En las noches cálidas de verano se tomará allí el pulso de una ciudad que durante julio y agosto parece eternamente de vacaciones, donde los más jóvenes no se bajan de sus ciclomotores por nada del mundo y los demás disfrutan de un buen plato de pastas, frutos de mar o pizza en los restaurantes al aire libre siempre alegremente atendidos por los lugareños.

Así es Tropea. Iglesias, mito, leyenda, vida moderna y tradición. Un trozo de Calabria donde es cotidiano escuchar las palabras de reminicencias griegas, una tierra árida donde crecen los frutos del sol y un paraíso casi escondido entre la montaña y el mar, donde hablar de milagro de la naturaleza puede extrañar a cualquiera menos a quien haya conocido los secretos de su hermosura.



Santa María dell'Isola, iglesia benedictina de la alta Edad Media, en la Isola Bella.
En el punto más alto de la antigua isla, una vista inolvidable sobre el mar.

Esmeralda no es sólo el color del mar Caribe en las costas de Colombia, sino también la piedra preciosa que aún hoy se extrae en la región andina colombiana, cuya producción ubica al país en el primer lugar mundial. En épocas precolombinas, las esmeraldas ya eran el preciado tesoro de los muiscas, una de las pocas comunidades indígenas que sobrevivieron a la voracidad de los conquistadores españoles en su búsqueda de Eldorado.

EN COLOMBIA, LA REGION ANDINA OFRECE UN VALIOSO TESOR

Esmeraldas en un paisaje sale

Cerca de Bogotá, la capital colombiana, se encuentra la zona de Boyacá, donde se pueden visitar lugares que superan la imaginación literaria de García Márquez, como la catedral que se construyó en las profundidades de una mina de sal. ¿Realismo mágico o realidad?

En la zona quebrada por las tres cordilleras que atraviesan el centro del territorio de Colombia, se encuentra su capital, Bogotá, y otros lugares que invitan a un recorrido por el arte y la arquitectura coloniales, cuya calidad compite con la de sus afamadas esmeraldas.

Uno de los destinos turísticos que eligen los viajeros para conocer la región andina es Boyacá, cuyo nombre en lengua indígena significa "tierra de mantas o manto real". Este territorio, lugar histórico donde en 1819 se logró la independencia de Nueva Granada, se destaca por la singular belleza de su paisaje, típico del altiplano, y por la riqueza de su patrimonio cultural.

La Ciudad de Sal

–¿Una catedral de sal bajo la tierra? –pregunta incrédulo un turista cuando le informan sobre los sitios de interés que puede visitar entre Bogotá y Boyacá. Su acompañante no se sorprende. Ha leído a Gabriel García Márquez y algo conoce del realismo mágico colombiano que, en este caso, es puro realismo.

A menos de una hora de Bogotá, se encuentran las minas de sal de Zipaquirá, que los indígenas ya explotaban antes de que en 1538 llegaran los españoles. Siglos más tarde, los mineros hicieron un nicho en uno de los socavones y colocaron una talla de su patrona, la Virgen del Rosario de Guasá. Pero eso no fue suficiente para la imaginación local y en 1950 se empezó a construir la catedral en el socavón de la virgen, a 160 metros por debajo de la montaña de sal. Las tres monumentales naves fueron clausuradas 40 años más tarde por problemas de seguridad y por la necesidad menos mística de intensificar la explotación de los 150 millones de toneladas de sal que están bajo esos cimientos. Pero la historia no puede terminar así en estas tierras. Hace poco más de cinco años, se construyó la nueva Catedral de Sal de Zipaquirá: a 500 metros de la anterior y a 200 metros de profundidad, se abren 8500 metros cuadrados con altares, vía crucis, esculturas de mármol y una cruz de 16 metros de altura que preside una de las tres enormes naves de esta iglesia, que bien podría haber sido uno de los escenarios de *Cien años de soledad*.



Nave central de la catedral subterránea, con la gran cruz.
Una iglesia de sal a 200 metros de profundidad.

Villa de Leyva fue fundada en 1572 y es una auténtica joya de la arqu
Está situada a 2000 metros sobre el nivel del mar. Por su aire primaveral,

Un paseo por Tunja

Existen lugares donde los nombres de las calles evocan tradiciones y leyendas que mantienen abierta la memoria de otros tiempos. En Tunja, capital del departamento de Boyacá, un simple paseo puede ser un recorrido a través de pequeñas y fantásticas historias del pasado. Por ejemplo, la "Calle del Arbol" recuerda el lugar donde fue ahorcada doña Inés de Hinojosa, una dama cuyos escandalosos amoríos terminaron trágicamente, y la "Calle del Farol" evoca a un fantasma que salía por las noches de una iglesia y se detenía bajo la luz de un farol para espantar a trasnochados transeúntes.

Ubicada a 2800 metros sobre el nivel del mar, Tunja es una de las ciudades de Colombia que mejor conserva su carácter colonial. A pesar del frío del altiplano, es interesante hacer un recorrido por las casonas, iglesias y conventos que se construyeron en los siglos XVI y XVII con un lujo y refinamiento notables para la época, como la Casa del Fundador, la Casa del Escribano, la Capilla del Rosario en el Templo de Santo Domingo, las iglesias de Santa Clara y San Francisco, y la catedral, la mejor obra arquitectónica de la ciudad. Después de este paseo, no hay nada más reconfortante que beber una humeante taza de chocolate o, mejor aún, unas buenas copas del aguardiente de la Licorera de Boyacá.

Paseo: ***En Tunja, capital del departamento de Boyacá, un simple paseo puede ser un recorrido a través de pequeñas y fantásticas historias del pasado.***

Villa de Leyva

Cerca de Tunja se encuentra Villa de Leyva, uno de los pueblos más atractivos y cálidos de Boyacá, declarado monumento nacional porque conserva casi intacta su espléndida arquitectura colonial. Fundado en 1572, era uno de los lugares elegidos por virreyes, obispos y letrados para pasar sus vacaciones, y por frailes y monjas para el retiro espiritual. La plaza mayor de Leyva, con sus 14.000 metros cuadrados empedrados, es la más grande de Colombia y vale la pena caminar bajo la luz de sus faroles coloniales cuando cae la noche. También es interesante conocer la casa donde se realizó en 1812 el primer Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, período que los colombianos llaman el de La Patria Boba, porque la unidad se deshizo rá-

EN COLOMBIA, LA REGION ANDINA OFRECE UN VALIOSO TESORO TURISTICO Y CULTURAL

Esmeraldas en un paisaje saleroso y colonial

Esmeralda no es sólo el color del mar Caribe en las costas de Colombia, sino también la piedra preciosa que aún hoy se extrae en la región andina colombiana, cuya producción ubica al país en el primer lugar mundial. En épocas precolombinas, las esmeraldas ya eran el preciado tesoro de los muiscas, una de las pocas comunidades indígenas que sobrevivieron a la voracidad de los conquistadores españoles en su búsqueda de Eldorado.

En la zona quebrada por las tres cordilleras que atraviesan el centro del territorio de Colombia, se encuentra su capital, Bogotá, y otros lugares que invitan a un recorrido por el arte y la arquitectura coloniales, cuya calidad compite con la de sus afamadas esmeraldas.

Uno de los destinos turísticos que eligen los viajeros para conocer la región andina es Boyacá, cuyo nombre en lengua indígena significa "tierra de mantas o manto real". Este territorio, lugar histórico donde en 1819 se logró la independencia de Nueva Granada, se destaca por la singular belleza de su paisaje, típico del altiplano, y por la riqueza de su patrimonio cultural.

Cerca de Bogotá, la capital colombiana, se encuentra la zona de Boyacá, donde se pueden visitar lugares que superan la imaginación literaria de García Márquez, como la catedral que se construyó en las profundidades de una mina de sal. ¿Realismo mágico o realidad?


Nave central de la catedral subterránea, con la gran cruz.
Una iglesia de sal a 200 metros de profundidad.

La Ciudad de Sal

–¿Una catedral de sal bajo la tierra? –pregunta incrédulo un turista cuando le informan sobre los sitios de interés que puede visitar entre Bogotá y Boyacá. Su acompañante no se sorprende. Ha leído a Gabriel García Márquez y algo conoce del realismo mágico colombiano que, en este caso, es puro realismo.

A menos de una hora de Bogotá, se encuentran las minas de sal de Zipaquirá, que los indígenas ya explotaban antes de que en 1538 llegaran los españoles. Siglos más tarde, los mineros hicieron un nicho en uno de los socavones y colocaron una talla de su patrona, la Virgen del Rosario de Guasá. Pero eso no fue suficiente para la imaginación local y en 1950 se empezó a construir la catedral en el socavón de la virgen, a 160 metros por debajo de la montaña de sal. Las tres monumentales naves fueron clausuradas 40 años más tarde por problemas de seguridad y por la necesidad menos mística de intensificar la explotación de los 150 millones de toneladas de sal que están bajo esos cimientos. Pero la historia no puede terminar así en estas tierras. Hace poco más de cinco años, se construyó la nueva Catedral de Sal de Zipaquirá: a 500 metros de la anterior y a 200 metros de profundidad, se abren 8500 metros cuadrados con altares, vía crucis, esculturas de mármol y una cruz de 16 metros de altura que preside una de las tres enormes naves de esta iglesia, que bien podría haber sido uno de los escenarios de *Cien años de soledad*.

Villa de Leyva fue fundada en 1572 y es una auténtica joya de la arquitectura colonial. Fue declarada monumento nacional.
Está situada a 2000 metros sobre el nivel del mar. Por su aire primaveral, Humboldt dijo que tenía el "clima más delicioso de América".

Un paseo por Tunja

Existen lugares donde los nombres de las calles evocan tradiciones y leyendas que mantienen abierta la memoria de otros tiempos. En Tunja, capital del departamento de Boyacá, un simple paseo puede ser un recorrido a través de pequeñas y fantásticas historias del pasado. Por ejemplo, la "Calle del Arbol" recuerda el lugar donde fue ahorcada doña Inés de Hinojosa, una dama cuyos escandalosos amoríos terminaron trágicamente, y la "Calle del Farol" evoca a un fantasma que salía por las noches de una iglesia y se detenía bajo la luz de un farol para espantar a trasnochados transeúntes.

Ubicada a 2800 metros sobre el nivel del mar, Tunja es una de las ciudades de Colombia que mejor conserva su carácter colonial. A pesar del frío del altiplano, es interesante hacer un recorrido por las casonas, iglesias y conventos que se construyeron en los siglos XVI y XVII con un lujo y refinamiento notables para la época, como la Casa del Fundador, la Casa del Escribano, la Capilla del Rosario en el Templo de Santo Domingo, las iglesias de Santa Clara y San Francisco, y la catedral, la mejor obra arquitectónica de la ciudad. Después de este paseo, no hay nada más reconfortante que beber una humeante taza de chocolate o, mejor aún, unas buenas copas del aguardiente de la Licorera de Boyacá.

Paseo: ***En Tunja, capital del departamento de Boyacá, un simple paseo puede ser un recorrido a través de pequeñas y fantásticas historias del pasado.***

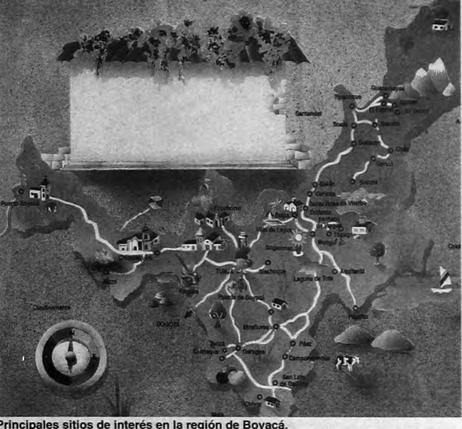
Villa de Leyva

Cerca de Tunja se encuentra Villa de Leyva, uno de los pueblos más atractivos y cálidos de Boyacá, declarado monumento nacional porque conserva casi intacta su espléndida arquitectura colonial. Fundado en 1572, era uno de los lugares elegidos por virreyes, obispos y letrados para pasar sus vacaciones, y por frailes y monjas para el retiro espiritual. La plaza mayor de Leyva, con sus 14.000 metros cuadrados empedrados, es la más grande de Colombia y vale la pena caminar bajo la luz de sus faroles coloniales cuando cae la noche. También es interesante conocer la casa donde se realizó en 1812 el primer Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, período que los colombianos llaman el de La Patria Boba, porque la unidad se deshizo rápidamente en estériles disputas.

En los alrededores de la villa, se levanta el monasterio de Santo Ecce Homo, fundado en 1620 por la orden de los dominicos, que hoy es casa de retiro y museo colonial, donde después de admirar las valiosas piezas que se exhiben, se pueden probar algunos platos típicos en el restaurante del convento.

Hablando de comidas, el recorrido turístico por la región andina de Boyacá, no puede finalizar sin probar antes las deliciosas sopas que ofrece la gastronomía local: la mazamorra, hecha a base de maíz; el cuchuco, una mezcla de legumbres, granos y especias, y el ajiaco, que se elabora con yuca, cilantro y papa. Comida vegetariana para turistas deslumbrados por los tesoros de la región: las esmeraldas, el arte colonial y el encanto de un pueblo aún más saleroso que su tierra.


Trajes típicos en las ferias y fiestas populares.
Las tradiciones se renuevan con las nuevas generaciones.


Principales sitios de interés en la región de Boyacá.
Color y diseño en las artesanías del altiplano colombiano.



) TURISTICO Y CULTURAL

eroso y colonial



tectura colonial. Fue declarada monumento nacional.
Humboldt dijo que tenía el "clima más delicioso de América".

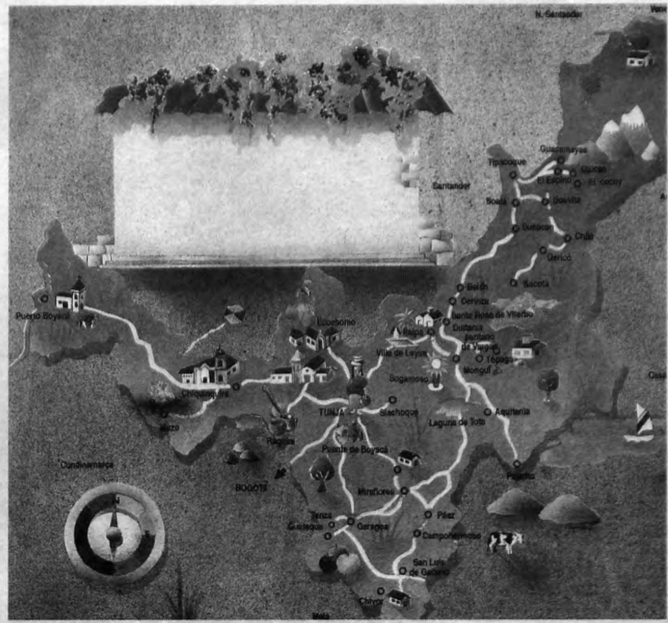
pidamente en estériles disputas.

En los alrededores de la villa, se levanta el monasterio de Santo Ecce Homo, fundado en 1620 por la orden de los dominicos, que hoy es casa de retiro y museo colonial, donde después de admirar las valiosas piezas que se exhiben, se pueden probar algunos platos típicos en el restaurante del convento.

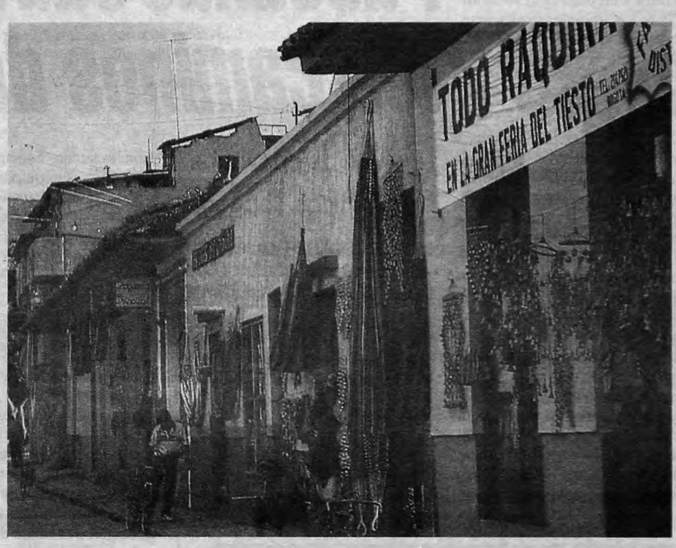
Hablando de comidas, el recorrido turístico por la región andina de Boyacá, no puede finalizar sin probar antes las deliciosas sopas que ofrece la gastronomía local: la mazamorra, hecha a base de maíz; el cuchuco, una mezcla de legumbres, granos y especias, y el ajiaco, que se elabora con yuca, cilantro y papa. Comida vegetariana para turistas deslumbrados por los tesoros de la región: las esmeraldas, el arte colonial y el encanto de un pueblo aún más saleroso que su tierra.



Trajes típicos en las ferias y fiestas populares.
Las tradiciones se renuevan con las nuevas generaciones.



Principales sitios de interés en la región de Boyacá.
Color y diseño en las artesanías del altiplano colombiano.



Por Marlú Kirbus



Aunque parezcan silenciosos, en los globos hay bastante ruido.

Paseando suavemente por los caminos del cielo

Los vuelos en globos aerostáticos son toda una aventura que hace realidad la fantasía de flotar por los aires y dejarse llevar por los vientos.

La liebre corre, y corre, y corre, pero las patas parecen no alcanzarle.

Estábamos volando en un globo sobre la campiña bonaerense, en la región de General Rodríguez. Nuestra altura sobre el suelo no era mucho más de cien metros, tal vez 200 como máximo. Debajo de nuestra barquilla se deslizaban estancias, chacras y huertas, potreros, casitas humildes y mansiones señoriales. Abundaba también hacienda diversa: vacunos, caballos, y, como dije, una solitaria liebre. Corría como para salvar su vida, asustada al ver ese monstruo esférico y ruidoso que se deslizaba en el aire.

Los aeroestáticos como en el que navegábamos no son silenciosos como eran los globos de aire caliente primitivos, cuya sustentación se mantenía en casos extremos con un simple brasero, o una llamita alimentada con un poco de papel. Pero los globos modernos, que son más grandes, llevan más peso útil, vuelan más tiempo y llegan más alto, poseen poderosos quemadores de gas que producen un ruido poco menos que ensordecedor. Y este bochinche se percibe en tierra muy fuerte y claro. Los gente mira y en todo caso se asombran. Pero los animales se espantan, aun la hacienda mayor, y salen disparando, como la solitaria liebre.

Desde los Montgolfier

Desde la época de los hermanos franceses Jacques Etienne y Joseph Michel Montgolfier hasta nuestros días hubo enormes progresos en materia de esféricos de aire caliente. Los pioneros Montgolfier hicieron ascender el 5 de junio de 1783 un globo de once metros de diámetro cuyo interior se calentaba, desde la barquilla, con un fuego de paja seca. Si bien fue el comienzo de la aeronavegación práctica, durante casi dos siglos no se consiguió resolver un problema fundamental para los viajes en globo: cómo mantener caliente el aire en el interior del balón sin arriesgar un incendio. La solución surgió con el gas envasado en cilindros o garrafas, como las que se usan para la calefacción hogareña. Tomando estos botellones de gas y equipándolos con uno o varios quemadores, es posible mantener durante horas la sustentación del vehículo, que sólo es más liviano que la atmósfera mientras haya suficiente aire caliente en su interior.

Nueva moda

En Europa, Estados Unidos y otros países los vuelos en globo e inclusive las competencias se han hecho muy populares. En nuestro país este esparcimiento es más bien una novedad, aunque algunos entusiastas vienen practicando la aeroestación desde hace bastante tiempo. Pero sólo en fecha reciente los viajes en globo se abrieron también al público.

La nueva moda es todo un rito y un procedimiento complicado. Primero, hay que aguardar un día con condiciones meteorológicas favorables: sin viento arrachado, sólo brisas constantes. Luego, hay que trasladar el pesado equipo hasta el campo de lanzamiento. Cuando el globo está desplegado, se encienden los quemadores en tierra, y con la ayuda de grandes ventiladores (ya que el globo yace sobre el pasto) se manda el aire caliente al interior. El globo adquiere su forma y los viajeros suben a la barquilla (tres o cuatro pasajeros y uno o dos tripulantes). El despegue es una sensación inolvidable, o mejor dicho: no se siente nada, sólo se percibe que el panorama se va ensanchando con la altura.

Hay dos maneras de disfrutar de la aeroestación: o bien una simple ascensión donde el globo permanece cautivo de una o varias cuerdas, o bien el vuelo libre siguiendo la dirección del viento.

Se puede volar alto, pero únicamente con un permiso especial de la autoridad aeronáutica, ya que en este caso se podría interferir el movimiento de los aviones. Por eso estos vuelos de bautismo y exhibición se efectúan por lo común sobre terreno llano y a baja altura. Una vez que el esférico asciende libre, un vehículo de auxilio comienza a seguirlo por los caminos más cortos sin perderlo de vista; de todas maneras, hay intercomunicación entre ambos por handy.

El descenso

Y bien: tarde o temprano llega el momento del aterrizaje. Es la operación más difícil y complicada, porque hay que encontrar un terreno llano, sin árboles ni arbustos, ni alambrados traicioneros, y tener a favor una escasa velocidad de viento. Cuando se toca tierra, los quemadores ya están apagados y el globo se desinfla, carente de poder de sustentación.

Por último: si uno tiene la poca suerte de descender en una propiedad privada hay que contar con la benevolencia del dueño del campo para rescatar el vehículo y volver al punto de despegue o a casa.

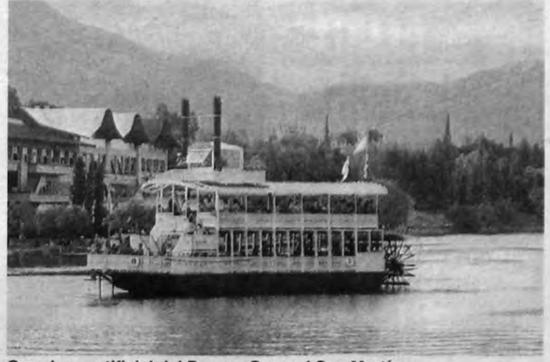
Corazones protegidos

Varig será la primera compañía aérea de América Latina en adoptar el más moderno sistema para tratamientos de emergencias cardiológicas a bordo de sus aeronaves, que pasarán a disponer de nuevos equipamientos médicos destinados a solucionar situaciones críticas. Estos equipos, denominados Desfibriladores Externos Automáticos, tienen la función de recomponer el ritmo normal del corazón. Los comisarios de abordo se están entrenando para utilizar este sistema, en cooperación con los médicos. Con este servicio, la empresa brasileña pasará a integrar el grupo de las cinco compañías de transporte aéreo del mundo que cuentan con equipamiento médico para situaciones de emergencia.

MENDOZA CELEBRA EL AGUA Y EL VINO

Bosques en la ciudad

Los parques y las plazas,las calles arboladas y los kilómetros de acequias demuestran el esfuerzo de los mendocinos por crear un oasis donde se festeja la vendimia al pie de la Cordillera.



Gran lago artificial del Parque General San Martín.
Un pulmón verde de 500 hectáreas con más de 50 mil árboles.

Pequeña guía para un paseo

–Acuario Municipal. Ituzaingó y Buenos Aires. Con más de 50 años de existencia, alberga una completa colección de peces, tortugas y otros animales de todos los mares del mundo. Abierto todos los días de 10 a 12 y de 15 a 20 hs.

–Serpentario Anaconda. Ituzaingó 1420 - Lunes a domingos de 10 a 12 hs. y de 15 a 21.

–Basílica de San Francisco. Avda. España y Necochea. Se exhibe el sable de mando que entregó el general San Martín en agradecimiento a la Virgen del Carmen de Cuyo, patrona del Ejército Libertador, por la protección a las tropas en las campañas de Chile y Perú. Se puede visitar de lunes a sábados, de 10 a 12.

–Casino de Mendoza. 25 de Mayo y Sarmiento. La casa de juego tiene mesas de ruleta, punto y banca y una sala de máquinas tragamonedas. Funciona todos los días desde las 11 para jugar en los tragamonedas, con entrada gratis, y desde las 17 para ruleta y punto y banca.

–Mercado Central. Las Heras y Patricias Mendocinas. Ofrece una completa muestra de productos procedentes de todo el mundo, además de los frutos de la región.

¿Es posible que surja un oasis en un desierto? Una respuesta lo confirma, pero en dos dimensiones distintas: la imaginaria, tantas veces recreada por la literatura y el cine, sobre el espejismo que crea el delirio de la sed, y la real, en la que el esfuerzo y el trabajo humano logran transformar tierras áridas en un vergel. Uno de los lugares del mundo en que se consiguió esa mutación geográfica es Mendoza, la ciudad bosque donde la cultura del agua es una tradición que se remonta a las épocas precolombinas, cuando los indios huarpes habitaban esta región.

La Cordillera de los Andes es el marco majestuoso de esta ciudad, cuyas plazas, avenidas y calles arboladas, y los kilómetros de acequias que diseñó el urbanista Ballofet, crean un microclima especial. Los paseos peatonales, las pérgolas y las fuentes invitan a recorrerla y descubrir su encanto.

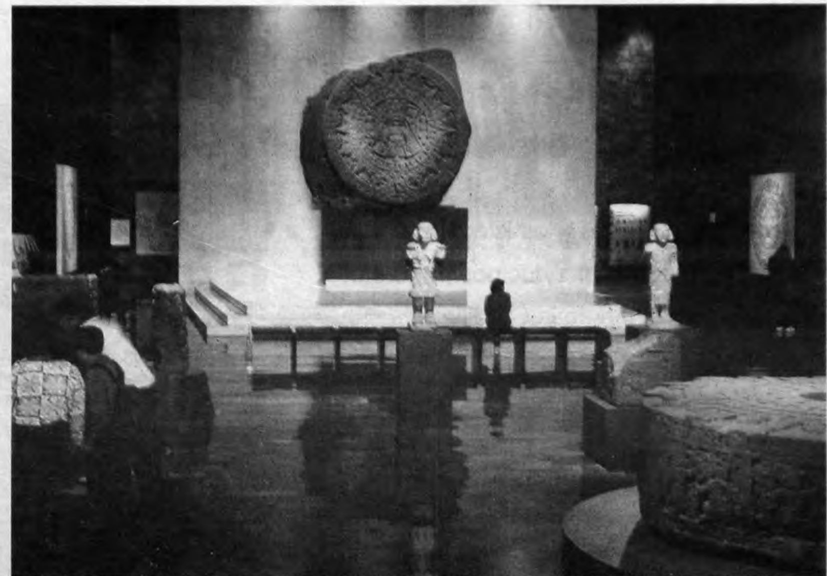
Además de las 74 plazas que están en el casco urbano, Mendoza cuenta con el Parque San Martín, un pulmón verde de 500 hectáreas que se recuesta en el piedemonte, al oeste de la ciudad, y que se extiende desde la avenida Boulogne Sur Mer hasta las primeras estribaciones serranas. El Parque, que diseñó el paisajista francés Carlos Thays, tiene más de 50.000 árboles y especies traídas desde distintas partes del mundo, plantados entre prados y caminos con los nombres de las arboledas que atraviesan: Avenida de los Plátanos, de los Tilos, de las Palmeras, de las Tipas, entre otras. Dentro del parque hay un lago artificial de 1000 metros de largo por 100 de ancho en el que se realizan regatas y excursiones en botes de remo y otras embarcaciones. Y es en este marco donde se levanta el Cerro de la Gloria, con el monumento al Ejército de los Andes, obra del escultor uruguayo Juan Ferrari, que se inauguró en 1914.

Los paseos de la ciudad se entrelazan con las actividades culturales que se realizan en las plazas como la Feria Artesanal de la Plaza Independencia o el Mercado Artesanal Mendocino, donde se pueden encontrar piezas en lana y cuero que confeccionan los artesanos que habitan en el desierto y la montaña. Uno de los museos interesantes para visitar es el del Area Fundacional y Ruinas del terremoto de 1861, ubicado en el lugar donde se asentó la segunda fundación de la ciudad, el 24 de marzo de 1562, un año después y "a dos tiros de arcabuz" del sitio donde el capitán español Don Pedro del Castillo fundó la primera Mendoza. En este lugar se han realizado excavaciones que permitieron recuperar la fuente de agua original de la época de la colonia, un hornillo huarpe y otros objetos del pasado. Frente al Museo se encuentran las ruinas de San Francisco del terremoto de 1861. Son los únicos restos que quedan de las antiguas edificaciones de la ciudad vieja.

En una vuelta al presente, el viajero no debe dejar de caminar entre las pérgolas, fuentes y canteros del Paseo Sarmiento y compartir el clima colorido y amistoso de la vida mendocina que se puede encontrar en las miles de mesitas de café y confiterías al estilo mediterráneo a cualquier hora del día.

El ritual del vino

Es difícil imaginar que el recorrido por Mendoza no incluya una visita a alguna de las grandes bodegas cercanas a la ciudad, como las de Luján y Maipú, donde se podrá conocer el proceso de elaboración del vino y, sobre todo, paladearlo. Es en Mendoza donde se manifiestan las tradiciones que surgen del cultivo de la vid, actividad que se remonta a los primeros conquistadores y colonos. El ritual de los vinos tiene su máxima expresión en la Fiesta de la Vendimia. Los festejos comienzan a mediados de enero con las vendimias departamentales y sus festivales folklóricos de música y danza, comidas típicas, actividades deportivas y de destreza criolla. En el último domingo de febrero se celebra la Bendición de los Frutos, en presencia de la Virgen de la Carrodilla, Patrona de los Viñedos, y el tradicional "Golpe en la reja del arado" que representa la antigua llamada al descanso del labrador de la tierra al mediodía y al atardecer. En marzo, culminan los festejos que, año a año, atraen a los miles de turistas que quieren asistir a uno de los espectáculos más importantes del país y a su vez, unirse a la celebración del vino, una pasión que atraviesa la historia de la humanidad.



La Piedra del Sol es una de las mayores atracciones. Está en la Sala de la Cultura Mexica.
Para André Malraux, el Antropológico es uno de los museos más hermosos del mundo.

México, cinco mil años de historia en un museo

Cinco kilómetros para recorrer cinco mil años de historia. El Museo Nacional de Antropología de México es la ventana para asomarse al arte, la religión y la historia de una cultura milenaria.

Por Graciela Cutuli

Cuando se llega al inmenso solar del Museo Nacional de Antropología de Ciudad de México, la primera sensación que se siente es la de haber dejado atrás el caos para entrar en un mundo de armonía. Las puertas del museo se cierran sobre el ruido y los vaivenes vertiginosos de la ciudad más grande del mundo. Del otro lado quedan las muchedumbres, el apuro, la danza interminable de la gente y los automóviles. Como en una imagen idealizada de las civilizaciones antiguas, en las salas del museo todo parece ordenarse, en una suerte de exacto reverso de esta ciudad agitada. Como en una oasis urbano, las salas se ordenan siguiendo los calendarios de las místicas civilizaciones precolombinas, y las colecciones muestran el límpido orden de las edades de oro de los tiempos pasados.

Un domingo en el museo

Los domingos por la tarde, el Parque de Chapultepec está lleno de familias, de enamorados, de turistas que vienen a capturar cada uno su propio recuerdo y vivencia del gran parque: un banco solitario, los puestos de vendedores de golosinas, o bien un buen ángulo para una fotografía.

Ruinas: *La Sala de Teotihuacán debería ser un paso obligado antes de visitar las magníficas ruinas que se encuentran cerca de la Ciudad de México.*

Muchos se encaminan hacia el rincón donde se levanta una inmensa construcción, entre los grandes árboles. El edificio de Pedro Ramírez Vázquez forma un gigantesco rectángulo perforado en el centro por un gran patio, cubierto a su vez por un desmesurado paraguas de hormigón con aguas en movimiento, al que sostiene una impresionante columna. El calificativo de "delicadas" que se puede aplicar a las esculturas de esta columna figura como un intruso entre tantos superlativos. Es que, como comenta Roberto, uno de los encargados de salas, "la grandeza de este museo quiere rivalizar con la de las piezas que aquí se guardan".

Una buena visita al museo comienza en un pequeño recinto oscuro, la Sala de Orientación. Sentado sobre bancos duros, sin respaldo, el visitante olvida pronto esas condiciones espartanas para zambullirse en más de cinco mil años de historia y remontar los siglos, hasta aquellos funestos días en que los reyes españoles y sus súbditos descubrieron el oro mexicano. En la oscuridad, brillan las civilizaciones que se sucedieron sobre este inmenso territorio: Teotihuacán, por supuesto, pero también las civilizaciones anteriores, y Tenochtitlán, la más grande urbe de su tiempo. En la oscuridad desfilan los pueblos olmecas, toltecas, mayas, las maquetas de las ciudades y templos de estuco, monolitos de poliestireno y paisajes pintados. Después de esta introducción, conviene recorrer las salas comenzando por el lado derecho –la primera es la Sala de Introducción a la Antropología– y siguiendo en sentido inverso a las agujas del reloj hasta volver al principio.

Antes de esta visita, para el profano las civilizaciones mexicanas se concentraban bajo el solo nombre de los aztecas. "El Antropológico" pulveriza estos vestigios de clases de historia mal digeridas y los transforma en decenas de civilizaciones, épocas y culturas. Las principales tienen incluso salas enteras.

Roberto sigue con sus confidencias: "El domingo, el museo es más popular. Las colegialas vienen con sus lápices para tomar notas, dibujar algunas piezas para un trabajo escolar, y hasta se dan cita en alguna sala con el novio, lejos de la mirada de las amigas. El domingo los turistas se diluyen más, pero se los ve igual, sacando fotografías con su permiso amarillo pegado en un rincón de la mochila. Quieren llevarse el museo entero en la cámara, pero lo que más les gusta en general es la gran piedra que nosotros llamamos el calendario azteca". Como todos los lugares míticos, el Museo Nacional de Antropología tiene sus pequeñas leyendas, y el calendario azteca es una de ellas.

Esta enorme piedra mexica, que tiene 3,35 metros de diámetro y pesa 25 toneladas, fue trasladada desde su ubicación original en el Valle de México hasta la sala donde reina hoy, después de una temporada en la Catedral. Durante mucho tiempo fue considerada erróneamente como un calendario azteca. También se la conoce como Piedra del Sol, y se reproduce hasta el infinito en toda clase de recuerdos para turistas, desde broches hasta señaladores, remeras, dijes y pisapapeles. En realidad los arqueólogos jamás pudieron probar que esta piedra sirviera realmente de calendario, ni que fuera tallada para oficios astrológicos, aunque muchas guías siguen afirmando que es un calendario "más preciso que los calendarios europeos de la misma época".

Visitando las salas

Después de la Introducción a la Antropología, donde se aprenden también los métodos de excavación y clasificación que rigen la tarea del museo, se pasa a la Sala de Mesoamérica, que ilustra la evolución de las culturas de esta zona del continente desde dos mil años antes de nuestra era. Un largo pasado que continúa en la Sala de la Prehistoria, en la que se puede conocer la estructura social, la vivienda y el ritmo cotidiano de los primeros habitantes de México y en la espléndida Sala de Teotihuacán, que debería ser un paso obligado antes de conocer estas magníficas ruinas cercanas a la capital mexicana. Más adelante, pasadas las cerámicas, estelas y esculturas de la Sala Tolteca, se llega a la esperada Sala Mexica, con sus mudas esculturas de piedra de Tenochtitlán, las representaciones de la vida cotidiana y la Piedra del Sol. La Sala Olmeca es otro de los platos fuertes de un museo que, a esta altura, ya ha cambiado para siempre la visión que el turista tenía de la civilización mexicana precolombina. Y si aún quedaba algo de que asombrarse se lo encontrará en la Sala Maya, consagrada a las culturas de la península de Yucatán.

Visión: *La visita al museo cambia para siempre la visión superficial que algún turista podría tener de la civilización mexicana precolombina.*

Aunque dicen que lo bueno dura poco, en el museo es posible prolongarlo un poco más con sólo subir un piso. Entrar a la primera planta es una verdadera zambullida en la etnología y en la otra cara de la moneda: las representaciones de las diferentes etnias y culturas del México colonial y poscolonial, y toda la artesanía y el arte contemporáneo que producen, hoy día, las comunidades indígenas mexicanas desde las selvas de Chiapas en el sur hasta los desiertos de Sonora en el norte. En sus salas se rinde homenaje a las culturas de los tres millones de indígenas que pueblan hoy México, y que hablan 56 lenguas diferentes. En estos recintos se percibe el contraste entre el glorioso pasado y el difícil presente.

El idioma español tiene sus ventajas

Por una vez, quienes hablan castellano se sentirán vengados de sus experiencias en otros museos del mundo donde se ignora su idioma. En el Museo Nacional de Antropología todos los carteles y explicaciones están en español, pero si hace falta una guía en otro idioma se la puede conseguir en la librería ubicada a la izquierda de la Sala de Orientación. En este lugar estratégico se encuentra también el sector de souvenirs y regalos del museo.

El museo abre de martes a sábado de 9 a 19, y los domingos y feriados de 10 a 18. Los domingos y días festivos, la entrada es gratuita. Los niños menores no pagan.

Las visitas guiadas en español son gratuitas; las que se realizan en alemán, francés o inglés se pagan. Para organizar una visita en grupo, se puede hacer una reserva al teléfono 553.62.66, internos 24 y 45.

La Biblioteca del Museo tiene salas de lectura que abren de lunes a viernes de 9 a 20.45, los sábados de 9 a 13, y los domingos de 8.30 a 13.